

El vacío de los programas políticos

E.
MIRET
MAGDA
LENA

EL franquismo ha producido, durante los 40 años de silencio general, una fuerte inexperiencia política. A los ciudadanos se nos acostumbró sistemáticamente a aceptar todo lo que se nos decía desde arriba. Y nuestra reacción es actualmente demasiado ingenua. Nos contentamos ahora con dos cosas: con la adopción de una ingenua e infantil postura "anti", y al mismo tiempo olvidamos las influencias habilidosas que el régimen ejerció sobre los ciudadanos. De aquella —de la postura "anti"— ya he hablado varias veces. Pero tenemos también que detener nuestra atención y nuestra reflexión ante estas otras influencias, porque esta meditación nos descubrirá muchos aspectos que debe tener en cuenta el electorado del país.

El bombardeo verbal que experimentamos ayer burdamente, y que hoy vivimos de modo mucho más comedido y hábil, ha producido una serie de reacciones que contienen y frenan el verdadero cambio que debía venir. El afán de seguridad, el deseo compulsivo de no perder momentáneamente nada de lo ya adquirido, el anhelo de la cantidad por la cantidad, el fomento de la lucha competitiva, el afán de lucro en todo, y el desmedido deseo de posesión, nos están llevando a posturas concretas que, cara a las elecciones, en el fondo pueden ser conservadoras, y por tanto de derechas, aunque se envuelvan en palabras abiertas. Su manifestación más clara es el anti-comunismo visceral de una gran mayoría de españoles que, en vez de considerar el cambio que se ha dado dentro del marxismo español hacia unos módulos más humanos, serenos y convincentes, se quiere hacer de él todavía un monstruo de múltiples cabezas que, como la hidra del cuento, está esperando el momento propicio para echarse sobre nosotros y esclavizarnos definitivamente.

El gran truco político del régimen anterior, y me temo que seguirá bajo otros disfraces en el inmediato porvenir, es el uso de los desahogos catárticos de tipo colectivo, que apagan los anhelos reformadores de la masa. El famoso "panem et circenses" siempre fue eficaz para engañar al pueblo, teniéndolo dócilmente sumiso a los deseos del poder, para lo cual le suministraba estas satisfacciones momentáneas, que paralizaban y paralizan su impulso de futuro.

Ayer se usó del apasionamiento fomentado con la contemplación de los contendientes en el deporte, y se atizó el odio contra los grandes enemigos míticos: el comunismo y la masonería, aunque el comunismo ya no era la versión inhumana estalinista, ni la masonería resultaba ser ninguna gran organización peligrosa.

Hoy será sin duda la palabra libertad la que se esgrimirá en los dos extremos

del abanico político para, de un lado, combatir toda estructuración solidaria de la sociedad, y del lado contrario para combatir la necesaria disciplina que todo grupo humano requiera, si pretende ser eficaz.

Y entre estos dos temores puede surgir la latente tentación de tirar los ciudadanos por la calle de en medio, y echarse en brazos de la comodidad de un régimen pseudo-democrático que sea traído y llevado por unos pocos hábiles, interesados en asegurar su alta situación bajo desprendidas palabras, más que en procurar el bien del conjunto. Son los fautores de las dictaduras orgánicas de hoy en América Latina; y quién sabe si también pueda ocurrir esto en España, a menos que seamos muy luminosos en percatarnos de la realidad. Aunque entre nosotros —como en otros países— se llamará por supuesto a esto democracia, y aun se adornará con palabras de responsabilidad social.

¿No es esto verdad también cuando se comparan las personas políticas y sus actitudes públicas, con los programas poco claros y más o menos difusos que propugnan? Diríamos —a juzgar por las palabras— que las derechas casi todas son de centro, y las izquierdas también. Y es que no se habla la mayor parte de las veces de aquello que más conviene al país, sino preferentemente de lo que atrae votos, sin rozar la desagradable realidad en la cual estamos embarcados, y que será difícil y costoso salir de ella.

Se nos ha manipulado hasta ahora —y no será extraño que se siga usando este método— por medio del temor al futuro, a la inseguridad y a la libertad. Pero para luchar con el engaño de esta reacción encogida respecto a la superación de nuestra situación egoísta, hemos de ser conscientes que esas imágenes de temor no son nunca camino para transformar humanamente la sociedad. Son una mixtificación inducida por los grupos de poder privilegiados que inventan procedimientos astutos para mantenerse ellos en su ventajosa situación. La realidad del cambio hay que enfrentarla valientemente, y si la enfrentamos comprobaremos que no es tan temible el resultado como nuestra imaginación egocéntrica nos lo pintaba.

El miedoso no hace nada que sea satisfactoriamente humano; le pasa lo que decía Shakespeare por boca de Julio César: "El cobarde muere a menudo antes de morir".

Lo que hay que buscar es el bien de la razón de cara al porvenir, y no las instancias emotivas que nos paralizan y engañan, y en las cuales vivimos todavía inmersos en virtud del latente franquismo que flota en el inconsciente colectivo de los españoles.

¿No tendríamos que aprender a decir decididamente "no" a todos los temores,

reacciones y confusos instintos egoístas que paralizan la apertura eficaz a un futuro más humano, afrontando el riesgo que toda postura valiente entraña? Porque al final nuestros temores ocultos no se cumplirán.

Para llegar a ello el ideal es absolutamente imprescindible. No podemos dejar de tener una meta a largo plazo que sea el modelo de sociedad que pretendemos. Ese tiene que ser el acicate último que mueva nuestra acción. Pero al mismo tiempo, hemos de ser realistas y proyectar las etapas a recorrer sin querer ingenuamente quemarlas. Un proyecto a medio plazo es también necesario. Lo mismo que un programa realista y eficaz a corto plazo.

Sin ellos daremos pábulo sólo a un idealismo vago y a la larga desalentador, porque será un semillero de frustraciones al no acercarnos en la práctica a la meta final propuesta. En cambio si planteamos una estrategia escalonada, podremos ir concienciando a sectores cada vez más amplios del país, y acercándolos a la meta. Este proceso práctico para ir aproximándose a una conciencia favorable a ese ideal de una nueva sociedad, sentando bases sólidas que permitan dar un definitivo paso adelante, es lo que debemos exigir a los políticos que ponen ante nuestros ojos el señuelo de un futuro, sin explicar cómo vamos a llegar a él.

Esta "utopía concreta", tan necesaria como acicate real de porvenir, no puede ir separada de la promoción de unos medios inteligentes para alcanzarla. Y entre ellos está uno básico: la tenacidad.

En el mundo vencen los tenaces, como ya señalaron en sus campos el naturalista Buffon y nuestro investigador Ramón y Cajal: "El genio —decían— está hecho de paciencia". Pero no sólo lo decían, sino que lo demostraron con sus vidas.

Meditemos por eso también en la observación de Goethe: "Aquel que permanece tenaz en su propósito, transforma el mundo".

Porque de lo que se trata no es de seguir viviendo, sino de transformar la vida en torno para hacerla mejor y asequible a todos sin exclusión alguna. Y, aunque esto sea sin duda difícil, merece la pena arriesgarse a ello, y entregar nuestras fuerzas a este cometido.

Miremos por eso, con dignidad y sin temores al futuro, y hagamos algo eficaz y práctico en pro de su satisfactoria venida.